

Cuatro Palabras

A las instituciones, laboratorios y especialistas de América y del Mundo consagrados a las Ciencias del Hombre, se propone hacer llegar por medio de esta publicación su voz amistosa y solidaria el Instituto de Antropología que se ha fundado en la Facultad de Filosofía y Letras (Universidad de Buenos Aires) en 1947 (Abril 15).

No existe en este momento en la América del Sud órgano alguno dedicado a las Ciencias del Hombre, y es justo que del solar argentino surja la iniciativa de romper el silencio, por ser la Argentina la nación que desde más de setenta años viene trabajando con mayor empeño en esta rama del saber, ya sea manteniendo cátedras y fundando institutos en sus universidades, ya editando tratados y monografías, ya organizando museos.

El Instituto de Antropología se propone repartir sus actividades en la doble dirección de la Antropología Biológica y de la Cultural, y como esta última se consagra tanto al estudio de las culturas extinguidas, como al de las que sobreviven, la estructura del Instituto comprende los tres compartimientos de Antropología Morfológica, Arqueología y Etnografía, este último con extensión al Folklore y sin desinteresarse de la indagación lingüística, tan útil en la tarea etnogónica. La Dirección del Instituto no piensa copiar el defecto que ha observado con lamentable frecuencia en estas organizaciones, que consiste en cuidar una única rama, dejando que las demás existan tan sólo en el programa o en el prospecto de constitución, generalmente harto frondoso. Habrá, en cambio, un constante interés para que se desarrollen simultáneamente todas las especialidades, no sólo en la investigación, sino igualmente en las colecciones del Museo Etnográfico anexo a este Instituto, en la medida — se entiende — de los medios pecuniarios puestos a nuestra disposición, y no solamente porque sería poco elegante la convivencia de hijos predilectos y de entenados, sino porque el actual director sustenta desde ya largo tiempo la doctrina que al exagerar desmedidamente la representación de las distintas ciencias del Hombre como unidades independientes, se ofrece una visión sumamente superficial, apenas tolerable en la propeútica de la escuela, mientras lo único real es la multiformidad y

contemporánea unidad de los problemas. Esta publicación será el espejo fiel de tales criterios: evitará con diligencia suma que se incurra en vinculaciones ficticias entre una y otra rama, mas cuidará que el tono general conserve el sentido de conjunto, manteniéndose así a la altura indispensable para cobrar autoridad científica.

Este sentido de armonía, sin embargo, lejos de significar una distribución mecánica en partes iguales, reclama que se recupere el tiempo que se ha perdido en la marcha de determinadas investigaciones. Tal el caso, por ejemplo, de la Antropología Morfológica, que lamenta un largo descuido en nuestra Universidad. Sin desdeñar el trabajo osteológico, daremos un lugar de preferencia a las indagaciones sobre los grupos humanos estudiados en el viviente y a las serológicas, del territorio argentino en primer término.

Con la monografía sobre los Toba damos comienzo a nuestro cometido de estudiar a fondo, uno tras otro, los grupos residuales de la antigua raza Pámpida, cuya incorporación a la vida nacional constituye un magnífico programa para la actividad gubernamental y una interesante perspectiva demográfica para la Nación Argentina. Los demás artículos originales de este primer volumen — todos escritos por especialistas que integran el personal del Instituto, o formados en el mismo — dan exacta cuenta de la amplitud que anhelamos imprimir a nuestra tarea. Es sabido que el impulso que incita a todos los países hacia la antropología se mantiene en el primer tiempo estrechamente limitado a la esfera local, y que sólo al cobrarse densidad de obra e intensidad de saber, llega el convencimiento que ese pequeño círculo ha de resultar infranqueable sin antes conocer el panorama del continente, y luego del mundo. Pensamos que la antropología argentina ya ha rebasado la etapa de curiosidad lugareña, y puede — más bien debe, ahora que en muchos laboratorios de Europa ha cesado el trabajo que les diera tanta fama — participar directamente del diálogo científico que se debate entre las universidades de los países de alta cultura, afrontando los problemas de mayor responsabilidad.

El hecho que con la salida de RUNA quedan interrumpidas las Publicaciones del Museo Etnográfico, no debe atribuirse, sin embargo, a la renovación de propósitos y métodos que acabamos de ilustrar, y tanto menos a un desconocimiento de los meritorios trabajos allí publicados, sino a la circunstancia que la fundación del Instituto de Antropología ha dejado sin efecto aquella intitulación. Sola diferencia digna de resalte es nuestro deseo que RUNA mantenga la mayor regularidad en su aparición y distribución, ora en volúmenes anuos, ora en fascículos semestrales.

Al enviar a la imprenta las primeras carillas, no podemos eliminar la pregunta del que coloca la primera piedra: ¿cuánto tiempo durará el

edificio? *Pregunta angustiosa por cierto, que sería vano contestar con profectas más o menos rosadas, puesto que la continuidad de los mejores propósitos se ve diariamente adversada por el espíritu de inercia, el afán desmedido de novedades y en mayor escala por un equivocado sentido de la individualidad. Nos limitamos a cumplir nuestra obra con sinceridad y humildad, conformándonos con augurar larga existencia a la publicación que hoy se inicia. Es posible que tuviesen razón los antiguos cuando decían que toda publicación tiene asignado su propio destino: habent sua fata libelli!*

Aun menos inseguro es que tengan su propio destino las palabras. El título que hemos elegido para este 'archivo' será ciertamente el principal vehículo de su suerte, así como es desde ya una especie de símbolo y resumen del programa.

RUNA, como todos saben, es la palabra que en la lengua del Perú Antiguo, el Runasimi, significa 'Hombre'. Eso de intitular con la palabra 'Hombre' una revista de Antropología, es cosa que no puede sorprender a nadie; véanse, por ejemplo, las revistas Man que se publica en Londres y Anthropos que se publicó en Viena y ahora en Suiza. Es plausible que adoptemos su equivalente del idioma Runasimi, que fué la más alta lengua de cultura de la América del Sud.

El vocablo RUNA se presta además para aclarar nuestra posición frente a las tendencias de excesiva limitación o sobrada extensión del temario, que a su vez son consecuencia del modo como se concibe el objeto de la Antropología. Dice Garcilaso de la Vega de los Peruanos, que al hombre "para diferenciarle de los brutos, le llaman Runa, que es Hombre de Entendimiento y Razón...". Nosotros nos encontramos bien lejos de aquellos antropólogos cuya mentalidad se ha plasmado de acuerdo con las convenciones mentales del 800.

El Hombre, en pocas palabras, es para nosotros en primer lugar el habitante de la Ecumene, e inmediatamente después el del territorio sudamericano, pero no vemos en él solamente a un organismo que cumple las funciones vitales de todo ser que respira, sino las específicas del que obra y fabrica, inventa y piensa, creando y destruyendo incansablemente las multiformes culturas que se han acompañado o bien seguido unas a otras sobre el planeta.

Sólo queda ahora por augurar que los Colegas de todo el mundo acojan con honestidad sincera este fruto de nuestro trabajo.

Buenos Aires, Noviembre 11 de 1948.

J. IMBELLONI